

aún para el rey un interés mayor que el de tener un puerto de mar, y es la justicia. El que el czar careciese de agua, ¿es una razón para procurársela, usurpando los Estados de otro? ¿Por qué no ha dicho: La Rusia está todavía inculta, y sus habitantes son tan incultos como su suelo. Cultivemos la tierra que Dios me ha dado, y eduquemos en la libertad al pueblo que me ha sometido, desarrollando su inteligencia y su moralidad? » En nuestra humilde opinión, esta política valía bastante más que la política de conquista.

El rey de Dinamarca tenía su odio contra la Suecia; como decía Patkul, el alma de la coalición, los Daneses no tenían en su política ni en su existencia más que un objeto, la ruina de la Suecia (1). Es verdad que la Suecia había quitado á los reyes de Dinamarca las provincias de tierra firme que los hacían señores del Sund; les había obligado á renunciar á la suzeranía de la mitad del ducado de Schleswig. Bajo el punto de vista del príncipe, eran éstas injurias que no podían lavarse más que con sangre. ¿Pero era legítimo el odio de las dos ramas de una misma familia, porque sus reyes fuesen rivales? Llegará algún día en que abjuren una envidia que las debilita, y en que encuentren, tanto su grandeza como su fuerza, en una unión fraternal.

Nada diremos de Augusto de Sajonia, el más despreciable de los reyes. Su política era la del placer y del desorden. Se le supone la ambición de haber querido la guerra, á fin de hacer hereditario su trono de Polonia. ¿Pero no es hacerle demasiado honor atribuirle una idea seria? Es positivo que acabó por disgustar á sus aliados. En lugar de emplear los rublos rusos en sostener su ejército, los gastaba en queridas y en fiestas. No tenía de la monarquía más que los vicios; no tenía fe, ni ley, ni honor, ni conciencia. Este es el retrato que hace de él un historiador alemán (2).

Necesitaban, sin embargo, los coaligados razones aparentes, aún cuando no fuera más que para escribir un manifiesto. La declaración de guerra de Pedro el Grande es curiosa: « No se habían tributado al czar los honores á que tenía derecho, cuando pasó

(1) HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. IV, p. 98.
 (2) STENZEL, *Geschichte des preussischen Staates*, t. II, p. 98.

por Riga. Un embajador ruso, que volvía de Viena, había sido robado por una compañía de ladrones livonianos. Algunos comerciantes rusos habían sido hechos prisioneros por deudas. El maestro de postas de Moscow tenía que quejarse del de Riga, y no habían sido atendidas sus reclamaciones. » Si el czar hubiera querido reirse de los manifiestos, ¿hubiera podido hacerlo mejor? Tenía agravios más serios, pero éstos son tan odiosos como ridículos aquéllos. « El rey de Suecia se había aliado con la Polonia contra la Rusia. » Esto era imputar á Carlos XII una perfidia de la que Pedro el Grande se hizo culpable. « El czar tenía derechos sobre las provincias del mar Báltico », á título sin duda de dependencias naturales del imperio ruso. El czar olvidaba que, desde la paz de 1617, por la cual la Rusia había cedido aquellas provincias á la Suecia, los czares al subir al trono habían confirmado solemnemente esta renuncia (1).

Augusto de Sajonia quiso rivalizar con su hermano de Rusia. Los Suecos, dice, se preparaban á atacarle; al invadir la Livonia no hacía más que una guerra defensiva. Un diplomático ha dicho que la palabra ha sido concedida al hombre para ocultar su pensamiento. El rey de Polonia era de esta opinión, llevaba el disimulo hasta la mentira. Tuvo hasta la poca vergüenza de echar en cara á los Suecos el haber hecho preparativos de defensa. Los Suecos le contestaron que la doctrina del rey elector había sido indudablemente inventada por salteadores de caminos; que tendía, en efecto, á decir que el que cerraba su puerta á aquellos señores, en lugar de recibirlos con los brazos abiertos, era culpable, y que desde luégo podían los bandidos despojarle sin escrupulo de conciencia (2).

El famoso baron de Görtz, á quien los historiadores tratan de aventurero, decía que la política de los príncipes no era más que mentira y perfidia bajo las apariencias de honor y de lealtad (3). Vamos á ver que el retrato está copiado del natural. La liga formada contra Carlos XII era una verdadera conspiración, y los

(1) HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. IV, p. 111.
 (2) LAMBERTY, *Memorias para servir á la historia del siglo XVIII*, t. I, p. 291.
 (3) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIIIten Jahrhunderts*, t. I, p. 177.

conspiradores reales obraron como traidores. Al dirigirles esta dura censura hacemos su elogio. El rey Augusto consideraba la honradez como una estupidez digna de un patán, al paso que la mala fe le parecía el colmo de la sabiduría (1). Este es el maquiavelismo de más baja estofa. Pedro el Grande se había perfeccionado rápidamente en tan buena escuela, si es que alguna vez había necesitado maestro, y el rey de Dinamarca no podía dejar de imitar á sus hermanos. Los enviados daneses negociaban un tratado de alianza con Carlos XII, primo de su rey, en el momento mismo en que tramaban una conspiración contra el joven príncipe! El czar era aliado de la Suecia; recibió la embajada sueca y los magníficos regalos que le llevaba; sus ministros protestaron que su señor sería siempre fiel observador de la fe prometida, que colocado en el trono más elevado del mundo, no quería hacer nada que fuese indigno de él (2). ¡Quién no había de admirar estos bellos sentimientos! La antigua alianza con Suecia fué renovada en 11 de Noviembre de 1699, y el 3 de Enero de 1700 el czar firmó la liga contra Carlos XII. Sin embargo, era preciso engañar al joven rey. Pedro el Grande no podía aún declararse abiertamente, porque estaba comprometido en una guerra con los Turcos. ¿Qué hacer? Los aliados sobornaron á un comerciante que gozaba de la confianza del residente sueco en Moscow, y por su intermedio dieron seguridades engañosas de paz y de amistad á Carlos XII. Después se burlaron del joven príncipe, á quien tan bien habían engañado. ¡Astucia diplomática! dice el historiador de quien tomamos estos innobles detalles (3). ¡Astucia, es cierto, pero digna de estafadores y fulleros!

Carlos XII está muy por encima de estos héroes de tribunal correccional. Tenía un profundo sentimiento de justicia. Cuando se vió traídoramente atacado por sus poderosos enemigos, dijo en el Senado de Stokolmo que jamás haría una guerra injusta, pero que no terminaría una guerra justa sino con la ruina de sus enemigos. Desgraciadamente, va siempre unida una maldición al po-

(1) Estas son las palabras de Carlos XII (SCHLOSSER, *ibid.*, p. 124, 134).

(2) LAMBERTY, *Memorias*, t. I, p. 124.

(3) HERMANN, *Geschichte des russischen Saates*, t. IV, p. 102 y 110.

der absoluto; extravió lo mismo á Carlos XII que á Pedro el Grande y á Augusto de Sajonia. Éste malgastaba las fuerzas de su electorado en vergonzosos placeres; aquél quería hacer la felicidad de los Rusos á su manera, y en realidad se dejaba arrastrar por una ambición que no conocía freno alguno. El rey de Suecia inmoló sus súbditos en los campos de batalla de Polonia y de Rusia. Su afición guerrera llegó á ser una verdadera monomanía. Sean las que quieran sus elevadas cualidades, preciso es confesar que es un espectáculo humillante para la dignidad humana el ver entregada la suerte de millones de hombres al capricho de un monomaniático (1). Mientras su locura guerrera le llevaba á Turquía, las provincias de la Suecia estaban á merced de los bandidos coaligados contra ella. Sin embargo, en medio de su ruina, quedó al pueblo sueco el sentimiento de la patria, el afecto hacía un rey que participaba de la angustia y de la miseria de sus soldados. La suerte de la Suecia, arruinada y en la agonía, es de envidiar cuando se la compara con la de la Polonia.

III.

Las armas de los coaligados contra la Suecia no fueron afortunadas. El joven príncipe á quien se creía aniquilado en una campaña, era un rayo de la guerra. En lugar de repartirse sus despojos, corrieron los aliados el peligro de perder sus propios Estados. El primero que pensó en reconciliarse con Carlos XII fué Augusto de Sajonia. ¡Pero á qué precio! Desde el año 1702, el rey que los Polacos habían escogido para defender su independencia y su libertad, el rey que había jurado mantener la integridad del territorio y las franquicias de la nación, concibió el proyecto criminal de repartir la Polonia con sus vecinos; éste era, á sus ojos, el medio más natural de salir de un mal paso, de crearse una pequeña monarquía hereditaria y de satisfacer al terrible Carlos XII. Tuvo el cinismo de someter este proyecto á las potencias

(1) ROTTECK, *Weltgeschichte*, t. VIII, p. 136.—C. SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII^{ten} Jahrhunderts*, t. I, p. 125.